

Maternidad (es) y trabajo de cuidado en las quintas hortícolas de General Pueyrredón. Experiencias en relación a la migración y los tiempos del trabajo rural: con lxs hijxs trabajando.

Guadalupe Blanco Rodríguez (UNMdP). Grupo de estudios sobre familia género y subjetividades. guada.33@live.com.ar

Palabras clave: migración- trabajo de cuidado- quintas hortícolas.

Introducción

Victoria tiene 59 años y vive en Batán. Tiene 6 hijxs a lxs que en su mayoría crió mientras trabajaba en el campo. Hace aproximadamente diez años que Victoria y su esposo dejaron la quinta, pero unx de sus hijxs sigue trabajando. Desde niñxs lxs acompañaban al trabajo, ella no tenía con quien dejarlxs y si la casa quedaba muy lejos -si bien siempre está donde está la quinta, a veces la distancia por el campo puede ser de hasta más de dos cuadras- de donde se trabajaba lxs tenía que llevar. A veces era complicado porque algunxs patronxs no la dejaban, entonces sus hijxs “paraban solxs” en la casa. Eso a Victoria no le gustaba porque al primero, que quedaba “solito” algunas veces lo encontró tirado en el piso, se había caído de la cama, estos accidentes –relató- la hacían sentir muy mal.

Victoria trabajó siempre bajo patrón, a veces se levantaba a las 4 de la mañana y se acostaba después de las 12. Se quedaba trabajando en la quinta hasta que se iba el sol, y cuando llegaba a casa preparaba la comida y seguía encargándose de sus hijxs. Trabajaba cuando estaba embarazada y volvía ni bien salía del hospital. En las quintas no hay licencia por maternidad, ni guarderías. Ahora su marido trabaja en la construcción y ella se queda en casa. Dejó la quinta porque se cansó, ya no quería trabajar, aunque a veces, cuando los días están muy lindos, dice que le gustaría volver.

Esta ponencia es resultado de la tesina “*Mujeres, migración y trabajo desde una perspectiva de género. Doble Jornada y Maternidad en las quintas hortícolas de General Pueyrredon*” que hemos realizado para la licenciatura en sociología en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Además de nuestras dos informantes clave, entrevistamos a 10 trabajadoras de las cuales 5 son mujeres que migraron hace 20 y 30 años y se encuentran establecidas en el país, hemos dejado por fuera las quintas de frutas y la migración estacional puesto que requiere un análisis específico. Las otras 5 entrevistas, fueron realizadas a jóvenes argentinas hijas de bolivianxs. Todas con experiencias en la quinta. Nuestro objetivo es reconstruir a través del relato de las migrantes, como es el

trabajo de cuidado, quienes lo realizan, y que problemas surgen en su realización. Además de la introducción y la conclusión, la hemos dividido en 3 apartados, de los cuales uno corresponde a las reflexiones metodológicas y los otros abordan el análisis al que nos han llevado estas entrevistas a las trabajadoras.

Algunas consideraciones metodológicas

Nos hemos detenido en los aportes de los que han sido llamado “feminismos otros” (Medina, 2013), tomamos al feminismo negro, indígena, chicano, poscolonial y decolonial. Estos feminismos que hemos señalado, son distintos en su surgimiento, y tienen diferencias, pero todos ellos presentan una crítica, un debate con el feminismo blanco, burgués y urbano que ha sido hegemónico, tanto en la academia como por fuera de ella. Principalmente, tomamos la idea de que no es el género el único determinante del destino de las mujeres y, en este caso, hay cuestiones ligadas a la situación migratoria, la clase o el trabajo rural, que otorgan matices a las experiencias. Pretendimos tenerlos presentes haciendo uso del análisis interseccional¹.

Pensamos a las experiencias basándonos en lo que Avtar Brah (2011) ha planteado. La experiencia como una práctica de dar sentido, como narración construida, como lucha entre las condiciones del significado y del plano material de lxs sujetxs. Como lugar de debate: un espacio discursivo donde se inscriben, se niegan posiciones del sujeto distintas y diferenciales. La experiencia es un proceso, como indica Joan Scott (2001), una interpretación que necesita de otra interpretación. Basándonos en los aportes de los feminismos otros, entendemos que al pensar las experiencias contextualizándolas, podemos desuniversalizar los significados de nuestros conceptos y categorías, y resignificarlos para que sean útiles para entender las realidades que investigamos. Esto

¹ Haciendo parte del análisis al género, la clase, la “raza”, etc. tenemos en cuenta los derechos de las mujeres, pero también los derechos de las indígenas, de las migrantes, de las mujeres negras, etc. Así, se hace visible el hecho de que todos somos portadores de identidades múltiples y, por lo tanto, podemos tener que pasar por maneras de discriminación que están entrelazadas y que se nos aparecen en simultáneo (AWID, 2004). La interseccionalidad puede servir como metodología para la comprensión en lo que a las múltiples identidades de las personas respecta, pero también, permite entender cómo es que esas múltiples identidades derivadas en múltiples discriminaciones obstaculizan el acceso a los plenos derechos, a la justicia, o a las oportunidades. A esta noción de interseccionalidad, también es necesario repensarla. Como explica Claudia de Lima Costa (2014), debemos entender a la interseccionalidad como un evento no como algo constituido, en este sentido, la interseccionalidad es performativa, no constitutiva de la identidad de lxs sujetxs y las categorías de “raza”, “clase”, “género” son <categorías equivocadas> que no viajan por los diferentes espacios geopolíticos sin traducción, tienen distintos significados según la perspectiva que lo observe.

pondrá en cuestión la colonialidad del conocimiento ya que ese universal de mujer migrante, o trabajadora, es el que no permite entender las necesidades o problemas específicos de los grupos. Discutimos el androcentrismo, pero también el racismo o el clasismo que estos otros feminismos denuncian que han permeado las ciencias sociales. Así, podremos (re)pensar y utilizar los conceptos desde las experiencias y no al revés. En esta dirección, la experiencia como práctica de dar sentido, resultado de esa lucha entre lo material y las condiciones de significado, cumple un rol de legitimación o no de ciertos discursos. A través de los relatos que las trabajadoras hacen en las entrevistas, pueden defender o no ciertas posiciones o estereotipos que existen a nivel social sobre sus comunidades o sobre ellas mismas, en este caso como madres o cuidadoras. Por ejemplo, han optado por discutir las posturas en torno al trabajo infantil en las quintas relatando sus propias experiencias de vida como opuestas, o distintas a lo que se plantean en el plano social más amplio <lxs niñxs son obligadxs por sus padres a trabajar, dejan la escuela, etc>. Vemos que, donde la experiencias son construidas por mujeres migrantes que han experimentado el racismo y la xenofobia, no solo son el resultado de la discusión entre lo material y las condiciones del significado, sino que también representan la lucha por discutir las “sospechas”² que se generan en torno a ellas, por cuestionar lo que otrxs crean como la experiencia del grupo de pertenencia, en este caso <mujer boliviana>, construido en argentina como categoría racializada, portadora de diversos significados. Lo anterior está ligado a la esclavitud, el colonialismo y la desigualdad que estos procesos significaron: a las mujeres negras, indígenas, chicanas, migrantes, se las construyó a partir de las experiencias de otras, colonizando sus experiencias, deshumanizándolas al no encajar en el estereotipo de “mujer” construido en un primer momento por Europa. En principio, se ha olvidado toda una historia de colonialismo, explotación, subordinación, discriminación, racismo y xenofobia que les ha negado la voz. En nuestro caso, muchos de los trabajos que se realizan, se hacen a través de entrevistas a profesionales cercanos a las trabajadoras, no tomándolas como fuente de la información. Entonces, a lo largo de todo la ponencia se encontraran con los relatos de las migrantes que trabajan en las quintas horticolas en primera persona. La idea que subyace proviene de Spivak (1989), ¿Pueden

² Ana Inés Mallimaci (2017) explica que al contrario de los hombres bolivianos que son legitimados por su condición de trabajadores, las mujeres bolivianas se encuentran en situación de <sospecha> asociada culturalmente a lo familiar y lo reproductivo. Si bien ella lo retoma para hablar de los casos donde se comenta que las bolivianas “vienen acá a tener sus hijxs” etc; esta situación de sospecha también se aplica en el caso del trabajo infantil en las quintas, donde suele asociarse la presencia de lxs niñxs con trabajo, poniendo a las madres como las responsables de esas situaciones.

hablar lxs sujetxs subalternxs? Spivak explica que no, pero no porque no tengan voz, sino porque no lxs escuchan, porque en las instituciones se lxs desconoce ignorando su visión de mundo. En este punto sabemos que los relatos estuvieron mediados y condicionados por nuestra presencia y por las selecciones que hicimos. En relación a esto, adherimos a lo que Bourdieu explica: “todo intercambio lingüístico contiene la potencialidad de un acto de poder” (2005:187). Así, cuando un argelino habla con un francés, no son ellos quienes lo hacen, si no que toda la historia de la colonialidad habla con ellos. Dado que analizamos un espacio conformado por trabajadoras que han migrado desde países limítrofes, en nuestras entrevistas también hablará esa historia. Para lograr poner “esta potencialidad entre paréntesis” es necesario reflexionar sobre nuestras prácticas de investigación (Bourdieu, 2005:187).

Problematizar nuestra metodología y nuestras decisiones epistemológicas, también es cuestionar el concepto de mujer que es objeto de críticas por parte de estos otros feminismos. ¿Quién es una mujer? O específicamente en nuestro caso ¿Quién es una trabajadora? ¿Cómo son las experiencias de trabajo de cuidado las mujeres de las quintas hortícolas de General Pueyrredon? Cuestionar nuestra práctica nos permite discutir esta noción de mujer que ha homogeneizado las experiencias, invisibilizando las de las mujeres subalternizadas, cuyos trabajos y experiencias de cuidado y maternidad son distintos. En este sentido traemos a estos “otros feminismos”, metodológicamente, para poder reflexionar y entender que los sucesos de la historia interfieren en los relatos que obtenemos y en los discursos que las mujeres darán respecto de algo, pero también e igual de importante, para ser claras en la necesidad de pensar nuestros conceptos desde las experiencias y no las experiencias desde nuestros conceptos, sobre todo, a la hora de analizar contextos de trabajo que nos son ajenos, en donde pueden surgir definiciones del mismo trabajo – en este caso de cuidado- o de cualquier otro objeto o situación que no son las que primero se nos presentan a nosotrxs mismxs. Es en esta clave deben ser leídos los fragmentos que proponemos.

Maternidad (es) y trabajo de cuidado las quintas

Problematizar la maternidad implica dar cuenta de una división sexual del trabajo que significa la asignación de tareas específicas a hombres y mujeres. Según Rodríguez Enríquez (2015) esto es lo que ha producido la base de las desigualdades de género en el mundo del trabajo remunerado y no remunerado. En América Latina, hay escasa

presencia de políticas de cuidado, por lo que la distribución de estas tareas queda a criterio de los hogares, lo que se traduce en una desigual distribución de responsabilidades. Rodríguez Enríquez cree que analizar la estructura de los hogares puede ayudarnos a aproximarnos a la organización del trabajo de cuidado.

En todos los casos, al menos en un principio, las casas de las trabajadoras estaban dentro del lugar donde se encontraba la quinta³, lo que explica muchas de las características que asume el trabajo, tanto remunerado como no. Todas las familias conyugales están conformadas por un hombre y una mujer con hijos. Salvo Victoria, todas han llegado desde Bolivia directamente a Mar del Plata. Además, excepto Ana, que se ha separado de su pareja, todas continúan con el hombre con el que han migrado, se han establecido en la ciudad y han tenido sus hijos, en algunos casos hace más de 30 años. En la segunda generación, solo Miriam de 37 años tiene una hija, las demás aún viven con sus familias de origen.

Todas las trabajadoras dijeron realizar trabajo de cuidado de algún tipo. En primer lugar, nos parece importante destacar experiencias en torno al embarazo en las quintas, donde las licencias por maternidad no existen.

Marta, que transitó 8 embarazos mientras trabajaba en la quinta:

“Cuando estaba embarazada trabajaba... hacia lo que yo podía, después ya cuando no podía no iba, cocinaba o lavaba (...) salía del hospital y me iba al campo a ayudarlo a mi esposo porque solo no podía, teníamos que hacer bultos, teníamos que completar los pedidos porque eran los gringos los patrones, y salía con mi bebe, llevaba el cochecito”

Blanca, que tuvo cuatro hijos, todos cuando ya realizaba trabajo en el campo:

“Cuando estaba embarazada trabajaba, hasta los 8 meses... hacia lo que podía”

Victoria, que transitó 6 embarazos en la quinta:

“Si, algunas trabajan hasta los 8 meses. Otras hasta que están por tener, yo siempre trabajaba hasta los 8 meses, después me quedaba en casa, yo todos los chicos los tuve mientras estaba en la quinta”

Todas plantearon experiencias similares en sus embarazos: se trabaja hasta los últimos meses y el regreso a la quinta luego del parto no deja pasar mucho tiempo. En el caso de

³ En todos los casos que analizamos la producción es por temporada, es decir, se produce fuertemente de septiembre a marzo, dejando los demás meses para autoabastecimiento o pequeñas producciones. Esto tiene que ver con los tamaños de las quintas.

las migrantes, salvo Mónica, todas han cuidado a sus primerxs hijxs sin ayuda, ya que no tenían familiares en Mar del Plata y los hombres no se encargaron del trabajo de cuidado. Sólo cuando las hijas mujeres crecían tenían con quien compartir esas tareas.

Ana, que vivió sus dos embarazos mientras trabajaba en la quinta:

“No yo no tengo parientes aquí, así que yo tenía que llevármelos al campo, cuando estaba trabajando cerca los dejaba en la casa pero tenía que estar yéndolos a mirar (...) yo nunca tuve una chica que me ayude, los llevaba y los ponía a dormir en un cajón por ahí en el campo, si había una sombra los ponía ahí en la sombra, o ponía un paraguas que les haga sombrita, así”

Mónica que tuvo sólo una hija:

“Yo tenía una parienta mía que no trabajaba y yo la dejaba con ella. La dejaba con ella y ella la cuidaba, era una pariente mía que había venido de Bolivia y tenía su hijita de once años también, iba a la escuela y ella me la cuidaba”

Victoria, quien tuvo que dejar a sus primerxs hijxs solxs en casa cuando su patrón no le permitía llevarlx a la quinta:

“Cuando son los primeros que uno no tiene quien los cuide, estas solo”

Marta, que no tenía familiares que le cuiden a sus hijxs:

“Estábamos nosotrxs solos al principio (...)salía con mi bebe, llevaba el cochecito y después había veces que ya tuve dos a tres así que a uno lo llevaba en el coche, a otro lo ponía adentro de una jaula y así trabajaba”

Blanca, que deja a sus dos hijos pequeños jugando en casa mientras trabaja:

“Cuando son muy chiquitos sí, me cuesta dejarlos, porque no sé si llora, tiene que haber alguien que lo vea, al principio no tenía nadie”,

Nos encontramos ante dos situaciones: dada la ausencia de familiares, lxs hijxs – al menos lxs primerxs- quedan solxs en la casa o se lxs lleva a la quinta. Esto tiene diversas implicancias, porque a veces ninguno de los dos lugares resulta del todo seguro. Así, en un principio, las experiencias como madres estaban cargadas de preocupaciones en relación a cómo hacer para que sus hijxs estén segurxs en la quinta pero también en la casa si están solxs.

Ana, quien nunca quiso dejar a sus hijos solxs en casa:

Hay que tener cuidado cuando andan con tractores, entran camiones, pero yo siempre fui muy cuidadosa en ese sentido (...) Como eran chiquitos, no, eran bebes, los pones en un lugar, después cuando eran más grandecitos

ya andaban detrás de mí, pero yo siempre los cuide yo. No los podía dejar en la casa solos, porque era peor viste, a mí me da miedo”

Victoria, que se dividía como podía para ir a ver a sus hijxs cuando quedaban en la casa:

“En las quintas siempre hay otra gente, entonces también acompañan a los chicos si se quedan... si se van todos te tenías que llevar a los chicos, pero se ve obligado uno a dejarlos cuando tiene algún patrón... (...) Quedaba muy lejos la quinta, entonces lo dejaba y se caía de la cama, cuando venía lo encontraba en el piso (...) no se podía llevar los bebes porque eran chiquitos todavía, si lo llevaba allá entonces también estaba solo, tenía que estar a la orilla de la quinta, del sembrado (...) Y todos los chicos paraban abandonados. Cuando eran muy chicos después ya los llevábamos”

Blanca, que tiene la ventaja de tener la quinta a pocos metros de su casa:

“Si, cuando son muy chiquitos sí, me cuesta dejarlos, porque no sé si llora, tiene que haber alguien que lo vea, el más grande, tiene su hermanito más grande y ese lo ve, pero cuando estaba muy chiquito no lo podía ver, porque cuando llora, llora, tenía que llevármelo a la quinta en un coche”

Mónica, que fue la única que tuvo parientes:

“No es fácil criar hijos en el campo. Si no hubiera tenido parientes la habría tenido que llevar al campo, así yo la llevaba nada más los días que estaba lindo, que podía, los días que llovía y eso no se puede”

A medida que crecen, algunxs niñxs aprenden a trabajar - según coinciden todas las trabajadoras - a través del juego. Las mujeres de la segunda generación, por ser las mayores, también colaboraron en el cuidado de sus hermanxs – ya sea en la quinta mientras trabajaban o en la casa- aliviando el trabajo de sus madres.

Mariana, que es la más grande de las hermanas mujeres explicó:

“Los más chicos que me siguen a mi si, los cuidaba, la ayudaba a mi mamá en cuidarlos y eso”

Miriam, que ayudaba a su mamá con el cuidado de sus hermanxs menores y también trabajaba en la quinta:

“Cuando ya tenía doce años nació mi hermano el que me sigue y ya me dedique más a cuidar a mis hermanos (...) no había niñera, no podían pagar, no se estilaba, no había con quien dejarlos (...) Y mientras ayudábamos, la mayoría de la gente lo llevaba porque no tenían con quien dejarlos, no teníamos hermanos mayores, familia ni nada...no había donde

dejarnos, no había las guarderías que hay ahora, yo no fui al jardín, porque no era obligatorio y porque en la escuela que yo fui no había jardín.. Entonces mi mamá me llevaba porque no tenía esas cuatro horas de decir bueno la dejo y sigo trabajando, además el traslado, fíjate que si estas en zona de quinta no vas a ir a llevarlos a una guardería en mar del plata... Olvídate”

Melisa, quien nunca dejó la quinta desde que empezó a trabajar de pequeña:

“Me quedaba en casa, no estaban mis otros dos hermanos chiquitos (...) después ayudaba a cuidarlos, ellos están acá, es más seguro que estén acá en casa... la quinta está cerca, no es como en un barrio que tenes que tenerlos encerrados. Acá por lo menos pueden estar jugando...también hay peligros, herramientas... pero ellos ya saben que no tienen que tocar, les decís que no y aprenden.”

Algunas utilizan el término “botadxs” para hablar de situaciones en que lxs niñxs no reciben la atención suficiente debido al exceso de trabajo. En este punto, el Estado opera como perpetuador de las desigualdades ya que por ser un trabajo que en muchos casos no se encontraba/encuentra regulado ellas no pueden acceder, por ejemplo, a la licencia por maternidad⁴. Tampoco, dada la ubicación de las quintas, pueden acceder a guarderías o a servicios de cuidado. Es importante problematizar el rol que cumplen los poderes públicos en estos casos, donde no garantizan que los derechos de lxs niñxs puedan ser respetados pero estigmatiza a lxs familiares de esxs niñxs cuyos derechos son vulnerados. Lxs problemas más grandes se presentan con lxs hijxs más pequeños, que tienen dependencias más fuertes. La mayoría prefiere llevarlxs a la quinta que dejarlxs solxs porque al menos pueden cuidarlxs. Muchas veces esto es interpretado como trabajo infantil: según explican las trabajadoras, solo ver el carrito en el campo parece crear esa idea, cuando la presencia de niñxs tan chiquitxs solo está relacionada con no contar con servicios de cuidado⁵. A diferencia de lo que se ha planteado en algunos trabajos realizados a través de entrevistas

⁴Cuando trabajan bajo patrón, la contratación se realiza a la familia, por ende el hombre y la mujer reciben un mismo pago (uno solo para ambos) y realizan las mismas tareas dentro de la quinta. A las mujeres se les suma el trabajo doméstico y de cuidado (hemos problematizado el concepto de doble jornada en nuestra investigación). En los casos en que la familia ha pasado a alquilar o ser propietaria de un campo, la situación no varía, el trabajo que realizan es el mismo y lo mismo sucede con los embarazos y el cuidado. Solo Mónica tiene empleadxs con quien ella y su esposo comparten las tareas de la quinta.

⁵ Lo que no significa que no haya niñxs que trabajen. Las mujeres de la segunda generación dicen haber comenzado a realizar tareas en la quinta como juego, y de adolescentes ya realizaban trabajos más específicos. Si bien el trabajo infantil no es nuestro objetivo en este caso, debemos mencionarlo por estar ligado a las experiencias de maternidad de las trabajadoras

a las docentes de lxs niñxs, el trabajo infantil no está naturalizado, y las mujeres son conscientes de que hay leyes que regulan esas prácticas y que la situación del trabajo infantil es distinta a la de Bolivia.

Si nos enfocamos en las mujeres de la segunda generación, solo Miriam tiene una hija que nació luego de que ella finalizó su carrera universitaria. Las demás, aun no tienen hijxs. Cuando Miriam tiene que trabajar, ya sea en la quinta o en la biblioteca (es bibliotecaria y cuando puede colabora con su marido que trabaja bajo patrón en la quinta), deja a su hija con su hermana, lo que da cuenta de un acompañamiento diferente. Estas mujeres de la segunda generación tienen desde el inicio familiares a quienes recurrir. Si bien todas trabajaron en la quinta de chicas y siguen haciéndolo -algunas como actividad principal y otras como secundaria- sus experiencias de cuidado son distintas a las de las mujeres de la primera generación: excepto Miriam, solo han cuidado hermanxs como ayuda familiar, y si tienen hijxs tendrán a quien recurrir, a diferencia de las mujeres de la primera generación, quienes tuvieron hijxs de jóvenes y sólo pudieron repartir el trabajo de cuidado con sus hijas mujeres a medida que crecían.

Múltiples partes de una misma historia: matices de género, clase, edad...

Hasta aquí, vemos que cuestiones como la situación migratoria, la clase, el género o la edad junto con los tiempos del trabajo rural que sobrecargan a las mujeres en determinados momentos del año, aportan matices a estas experiencias de maternidad y cuidado.

En primer lugar, el género, es una cuestión estructurante de las experiencias de maternidad, ya que son las mujeres las que se encargan del cuidado de lxs hijxs, sean unx, dos, tres o seis; lo mismo si trabajan en la quinta a la par de los hombres, eso no implica repartir el trabajo de cuidado. Como explicábamos, cuando se reparte se hace con otras mujeres de la familia, no con los hombres que no lo ven como una responsabilidad, por lo que, las trabajadoras que solo tuvieron hijos varones nunca tuvieron con quien compartir el trabajo de cuidado. En este sentido, ser mujer les ha significado en todos los casos ser madres y cuidadoras a tiempo completo hasta en la temporada alta de las quintas; al mismo tiempo sin tener hijxs las trabajadoras de la segunda generación también han sido en todos los casos cuidadoras de sus hermanxs más pequeñxs.

Si pensamos en términos económicos, todas explican que ser dueñas del campo⁶ o no, o poseer más recursos no produce cambios en la maternidad en términos de la realización del trabajo de cuidado, puesto que las guarderías en el campo no existen ni para unas ni para otras, al igual que los jardines maternos o la posibilidad de contar con niñeras que se desplacen hasta las quintas.

Si nos detenemos en la edad, que en este caso está relacionado con ser migrante o no, esta parece ser una variable que incide en las experiencias de maternidad de las trabajadoras. Todas las migrantes han tenido hijxs de muy jóvenes, no dándose lo mismo en las trabajadoras de la segunda generación, ya que la única que tiene una hija es Miriam, de 37 años. Además, las jóvenes de la segunda generación, cuentan con redes familiares aquí, cosa que no sucedía en un primer momento con las que arribaron de Bolivia. Así, se generan importantes matices en lo que respecta al trabajo de cuidado, puesto que no tendrán que pasar por las situaciones que han pasado las mujeres de la primera generación, lo que también facilitaría el trabajo en el campo.

Todas estas variables operando en conjunto, dejan, como venimos explicando, a las trabajadoras de la primera generación, como responsables de casi todo el trabajo, en este caso de cuidado. Han trabajado hasta los 8 meses de embarazo, se han encargado de cuidar a sus hijxs cuando lxs llevan a la quinta, y aun si se quedan en la casa, yendo y viniendo constantemente.

Conclusión

Las experiencias de maternidad y cuidado deben ser pensadas como algo atravesado por la cultura, el contexto social y el económico. Como explica Knibiehler (2001), la crianza, y “producción” de niñxs sigue siendo una cuestión de poder. En las quintas hortícolas de General Pueyrredon nos encontramos con trabajadoras de la primera generación que se han tenido hijxs muy jóvenes y se han encargado del trabajo de cuidado solas. A medida que las hijas mujeres crecen colaboran en las tareas, pero, de todas formas como ellas han postergado la maternidad, son las de la primera generación las que más trabajo doméstico y de cuidado han realizado, muchas veces, en la angustia de no saber qué hacer con lxs

⁶ Aunque se llegue a poseer el campo, se sigue trabajando de la misma manera, con o sin empleadxs. En algunos casos, las trabajadoras nos han comentado que siendo propietarias se encargaban de trabajar, y además preparaban la comida de todxs lxs empleadxs y les lavaban la ropa, lo que significaba más trabajo que cuando eran empleadas.

niñxs dado que ni la quinta ni la casa parecían ser un lugar seguro. Por un lado, la reflexión debe ser en torno a que se estigmatiza a las trabajadoras por tener a sus hijxs en la quinta o por dejarlos solxs en la casa pero no se brindan las soluciones para que este problema no exista. Por otro lado, existen investigaciones que al no tener en cuenta las voces de las actoras y las familias de trabajadores como fuente principal reproducen estas miradas estigmatizantes y criminalizadoras. Por esto, sostenemos, desde las ideas planteadas por estos feminismos otros, la necesidad de construir conocimiento que cuestione no solo el androcentrismo, sino también el eurocentrismo en las ciencias sociales, y tenga en cuenta las experiencias de manera contextualizada, prestando atención a como categorías – aunque construidas socialmente- como la “raza”, la clase o la situación migratoria y en este caso también el lugar de trabajo, moldean estas experiencias, y además, las ubican bajo la situación de “sospecha” de la que hablábamos anteriormente. Es decir, las experiencias de maternidad y de cuidado de las migrantes bolivianas en las quintas hortícolas no pueden ser analizados sin tener en cuenta el contexto en el cual se viven y se realizan, muy distinto al de las zonas urbanas. Esto resulta de gran importancia para poder desarrollar las herramientas necesarias que permitan brindar soluciones integrales a las problemáticas en las que se encuentran envueltas las migrantes a la hora de criar a sus hijxs, en este caso, en las quintas. Cuando los poderes públicos parecen ser neutrales, no respetan la libertad de las mujeres, ya que cuando nacen lxs hijxs las exponen a responsabilidades mucho más complejas. Como también explica Knhileber, lxs niñxs son sujetxs que imponen presencias y exigencias, y “divididas” entre “sus dos trabajos” que no están superpuestos sino que cada uno influye al otro, las madres y las maternidades van modificándose, determinándose, construyéndose.

Bibliografía

Avtar, Brah (2011) *Cartografías desde la diáspora. Identidades en Cuestion*. Editorial Traficantes de Sueños, Madrid.

AWID (2004), “Interseccionalidad: una herramienta para la justicia de género y la justicia económica” En: *Derechos de las mujeres y cambio económico* No. 9. Toronto, Canadá. Disponible en: <http://www.awid.org>

Bidaseca Karina, De Oto Alejandro, Obarrio Juan y Sierra Marta, comp. (2014) *Legados, Genealogías y Memorias Poscoloniales en América Latina: escrituras fronterizas desde el Sur*. Claudia J de Lima Costa “Equivocacao, traducao e interseccionalidade

performativa: observacao sobre ética e prática feminista decoloniais”, Ediciones Godot, Buenos Aires

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic (2005) Una invitación a la sociología Reflexiva, Siglo veintiuno, Buenos Aires.

Knibiheler, Yvonne (2001) “Historia de las madres y de la maternidad en occidente”, Nueva visión, Buenos Aires.

Malimacci Barral, Ana Ines y Magliano Maria José comp (2017) “Las mujeres latinoamericanas y sus migraciones, Editorial Universitaria Villa María, Córdoba.

Medina, Rocio (2013) Feminismos periféricos, feminismos otros: una genealogía feminista decolonial por reivindicar. Revista Internacional de Pensamiento Politico, I Epoca, Vol. 8

Rodriguez Enriquez, Corina (2015) El trabajo de cuidado no remunerado en Argentina: un análisis desde la evidencia del Módulo de Trabajo no Remunerado. Documentos de Trabajo “Políticas públicas y derecho al cuidado” 2, Buenos Aires.

Scott, Joan (2001) Scott, J. W. (2001). Experiencia. Revista de Estudios de Género. La Ventana. N° 13, Guadalajara, Mexico.

Spivak, Gayatri, (1998) ¿Puede hablar el sujeto subalterno? En revista Orbis Tertius año 3 No. 6, p. 175-235. En Memoria Académica. Disponible en:http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2732/pr.2732.pdf